

bricolage

Revista de estudiantes de antropología social y geografía humana



Año 2 No. 6 Donativo \$10.00 pesos
octubre/diciembre 2004

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. Luis Mier y Terán Casanueva

Secretario General

Dr. Ricardo Solís Rosales

UNIDAD XETAPALAPA

Rector

Dr. José Lema Labadie

Secretario

Mtro. Javier Melgoza Valdivia

Director de la División de CSH

Dr. Rodrigo Díaz Cruz

Coordinador de Extensión Universitaria

Mtro. José Daniel Toledo Beltrán

Jefe del Departamento de Antropología

Dra. Ana Paula de Teresa Ochoa

Coordinador de Licenciatura en Antropología

Mtro. Leonardo Tyrtania Geidt

Coordinador de Licenciatura en Geografía Humana

Dr. Daniel Hiernaux Nicolas



Sricolage

Coordinación

Manuel F. Loría Caballero

Mariana Mackinney Fuenlabrada

Julia Ayala Ramos

Gabriela Alarcón Ojeda

Consejo Editorial de este número

Rocío Gil Martínez de Escobar

Angela Giglia Ciotta

Eduardo Nivón Bolán

Luis Fernando Arroyo Mendieta

Leonardo TyrtaniaGeidt

José Luis Lezama Nuñez

Alberto Montes de Oca Cruz



Subsiste entre nosotros una forma de actividad que, en el plano técnico, nos permite muy bien concebir lo que pudo ser, en el plano de la especulación, una ciencia a la que preferimos llamar «primera» más que primitiva: es la que comúnmente se designa con el término de *bricolage*.

Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento Salvaje*

<i>editorial</i>	4
<i>in memoriam</i>	
Víctor Manuel Franco Pelletier	5
<i>artículos</i>	
<i>Cocina, género y conocimiento antropológico</i>	7
Luis Alfonso Ramírez Vidal	
<i>La buena etnografía</i>	14
Felipe Hevia de la Jara	
<i>La psicología ambiental del agua en el 2025</i>	19
Cruz García Lirios	
<i>La gran paradoja: la modernización del campo sin campesinos.</i>	
<i>Un breve recorrido histórico</i>	28
Pedro Jesús Chalé Solís	
<i>Una mirada mestiza del indígena: experiencias de campo en la Huasteca veracruzana</i>	34
María Liliana Arellanos Mares	
<i>Interpretación de un paisaje industrial</i>	45
Leticia Amaranta Medina Méndez	
<i>visual</i>	
<i>El problema es aprender...</i>	51
Roberto Gil Martínez de Escobar	

archipiélago (perfiles)

<i>Domingos con el Flaco. Homenaje al Dr. Roberto Varela</i>	61
<i>Leticia Mayer Celis</i>	

traducciones

<i>El etnólogo orgánico de la migración argentina</i>	64
<i>Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant</i>	

<i>Etnicidad y cultura</i>	71
<i>David Maybury-Lewis</i>	

reseñas

<i>Adios a Lenin. Aferrarse a un sueño vivido</i>	78
<i>Alejandra Guadalupe Vigil Torres</i>	

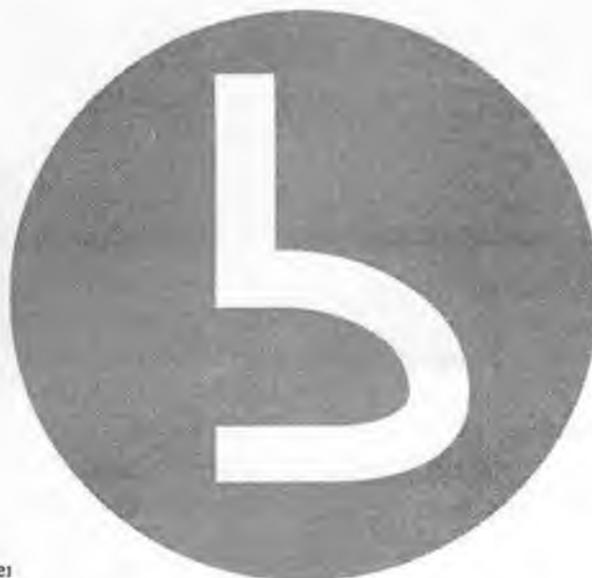
Espacios Transnacionales

<i>Interacción, integración y fragmentación en la frontera México-Estados Unidos</i>	80
<i>Karla Palma Pardínez</i>	

forum

<i>Respuesta a la respuesta</i>	82
<i>José Luis Lezama Nuñez</i>	

<i>Preguntas</i>	86
<i>David Juárez Castillo</i>	



Una mirada mestiza del indígena: experiencias de campo en la Huasteca veracruzana

María Liliana Arellanos Mares
Maestría en Antropología Social
Instituto de Investigaciones Antropológicas
UNAM

Este escrito es una reflexión sobre mi experiencia de trabajo de campo en la Huasteca veracruzana a partir de mi reconocimiento como mestiza nativa de esta región, como habitante de una minúscula isla en una mar indígena. Aquí narro el proceso de acercamiento, como si fuera la primera vez a un espacio indígena hasta ese momento ajeno, distante, pero abrumadoramente presente.

A raíz de mi acercamiento a la antropología, surgió una cascada de cuestionamientos que diluyeron mi visión mestiza para hacer brotar una realidad que hasta mi juventud, había sido lejana y ajena: la realidad indígena. De manera sorpresiva me topé con la Huasteca profunda y me enteré entonces que como mestiza la mirada hacia los indígenas en mi pasado vivido había sido limitante. Presento pues el relato.

Entre chapopote, naranjas, nortes y vientos huracanados

En el año 2000, terminé los cursos de la licenciatura en la ENAH, y recientemente había conocido a Francois Lartigue'. Mi amiga Socorro, le había comentado que yo era originaria de Álamo, un pueblo citrícola del norte de Veracruz. En ese encuentro sus primeras palabras fueron: -¡Ah!! ¡eres huasteca!. Fue la primera vez que alguien se refería a mi origen de esa forma, y lo escuchaba por demás extraño. Ese hecho me puso a reflexionar sobre lo que significaba ser huasteca, ¿para quién y ante quién somos huastecos? Haciendo una retrospectiva a mis días de infancia y adolescencia vividos entre zacahuiles, carne seca, enchiladas, quesos, bocoles, molotes, tamales, naranjales, petróleo y huapangos, encontré, que pese a todas esas referencias, localmente, entre la familia, amistades y

vecinos, nunca utilizábamos ese término para enfatizar el lugar de origen. En un ejercicio de memoria, recordaba, sin embargo, un uso muy generalizado del vocablo en anuncios radiofónicos locales, donde expresaban que nos encontrábamos en "el emporio de la huasteca veracruzana". También recordé que en los años 70's, el Banco donde mi padre trabajaba se llamaba " Banco de Comercio de la Huasteca veracruzana" y el restaurante de su preferencia era " El huasteco". La conclusión a la que llegué fue que desde fuera, así nos identificaban los antropólogos.

Cuando tuve claro que mi tesis de licenciatura debía ser en la Huasteca, inicié las lecturas sobre la región y me percaté de lo extraño, ajeno y fascinante que era la historia y la vida contemporánea de esa región. Habiendo crecido entre un núcleo familiar de petroleros y naranjeros, la única referencia



bibliográfica familiar que me remitía a pensar que hablaban de “nosotros”, los del norte de Veracruz, fue la lectura de Doheny el cruel, y una publicación de Lourdes Álvarez², a quien había conocido cuando tenía apenas 11 años y a la que mi tío Manuel, arquitecto de profesión había servido como informante y anfitrión.

Al margen de estos sucesos, todo se escuchaba ajeno: las luchas campesinas en Chicontepec en las primeras décadas del siglo XX, los cacicazgos de los Santos en la Huasteca potosina, las peticiones de lluvia en el cerro de Ixcacuatitla, el proyecto Pujal Coy, los enfrentamientos entre mestizos e indígenas en defensa de la lucha por la tierra, los condueñazgos, etc. En general, la historia y vida huasteca que otros vivían, y otros tantos conocían a la perfección, para mí era no solo ajena sino remota. Sólo conocía una historia extremadamente local y familiar: la llegada de los petroleros a Álamo, su fundación como campamento, la importancia de la región como zona petrolera. Viví y gocé de los beneficios de PEMEX estudiando en escuelas fundadas por la empresa, crecimos con los quemadores y el hedor de sus gases y flamas, indicadores fehacientes de que pisábamos el territorio del “oro negro”; crecimos también con el miedo de una tecnología desconocida y peligrosa.

Nuestra infancia fue de arraigo a los naranjales del abuelo materno; nacimos cerca de la

huerta, crecimos chapoteando en sus surcos cada vez que el abuelo y los tíos regaban la huerta con el agua del pozo que beneficiaba los árboles en épocas de sequía. Nuestro arraigo procede de una generación de amantes crédulos, de aquellos que con sus lágrimas mojaron la tierra ante la emoción de su encuentro: así lo hizo mi abuelo cuando conoció las tierras alameñas, de donde cogió un puño y se lo echó en el rostro gritando: ¡esto si es tierra!. Los días de la infancia proceden así de los frutos de esa tierra: jugo de naranja, atole de masa con naranja, y helados de naranja, fueron parte de nuestro alimento cotidiano.

La década de los 70's y 80's fue de total abundancia para los productores citrícolas de la región; recuerdo a familias estrenando automóviles anualmente, recuerdo al tractor, indispensable en los quehaceres de la huerta, un automóvil para pasear y una camioneta usada para trasladarse de casa a los naranjales. Luego vendría la década de los 90's y la crisis que deprecia nuestra naranja, una crisis caracterizada por la oferta excesiva y precios irrisorios. A los días de bonanza sobrevinieron aquellos de tristeza³ en los productores quienes aun en nuestros días son víctimas de la mala comercialización, del "coyotaje", éste que sin invertir genera ganancia y de la crudeza en los cambios climáticos cada vez mas desconcertantes, que impiden el crecimiento normal de la fruta.

Crecimos también con vientos del norte, "nortes" y huracanes agitando nuestras vidas, fenómenos que felizmente impedían nuestra asistencia a la escuela en la niñez. No recuerdo haber tenido miedo de ellos en esa época, de hecho, creo que el temor surgió cuando concienticé los daños y los desastres que dejaban a su paso en la población. El recuerdo más arraigado se traslada a la imagen del arribo de los vientos y lluvias intensas que se hacían permanentes y cortaban la luz eléctrica, a raíz de lo cual debíamos hacer uso de la luz de los quinqués. Las noches trascurrían así, saboreando el café con leche bronca y pan mientras mi padre y las tías se soltaban narrando los recuerdos de la inundación del año 55, era el cuento de todos los años, y decían aun asustados que ninguna inundación había sido como la de ese tiempo. Se preocupaban siempre por proveer de víveres a la casa: pilas para el radio, agua, alimentos enlatados, galletas, velas y petróleo. Después de la tempestad, llegaba la tranquilidad, había un silencio en todo el ambiente, los árboles ya no eran azotados y la lluvia con viento menguaba, mi tía decía que la intensa calma indicaba que estábamos en el ojo del huracán y que todavía faltaba pasar la colita de éste. Lo que ellas decían sucedía, y de nuevo experimentábamos ese temor que preocupaba a los adultos. Luego ya, pasado el mal tiempo, después de un día o dos, con curiosidad y temor salíamos de

nuestras casas para ver la destrucción y los daños provocados. Todos ayudaban a todos, era una especie de hermandad colectiva la que se efectuaba después de la catástrofe compartiendo víveres y anécdotas.

Esa era pues mi vivencia en una región llamada Huasteca y era también la única Huasteca de la que yo podía platicar. Esta era la Huasteca de referencia inmediata, la más próxima, la más conocida. Por fortuna me encontré luego con los estudiosos de la región: los antropólogos, y fue por la vía de la antropología que la Huasteca ya no fue la misma, ni la única que yo y muchos conocíamos. Mi familia y yo, fuimos de sorpresa en sorpresa en este descubrimiento, y cuando mi madre conoció y escuchó hablar por primera vez a Jesús Ruvalcaba⁴ me dijo sumamente sorprendida y emocionada : " ¡im'ija, este investigador conoce mucho, sabe más que nosotros, pero nosotros vivimos allá!!. "

Entre más documentos llegaban a mis manos, descubría que esa Huasteca a la que muchos se referían era por demás lejana y ajena. No había ninguna familiaridad entre la Huasteca y mi vida. Habiendo nacido allí era extranjera en mi tierra. Mi vida en la Huasteca había transcurrido, sin verdaderamente mirar mi propia tierra. Sin embargo, me emocionaba leer textos que hablaban de lugares cercanos: Tuxpan, Tamiahua y Temapache eran mencionados en documentos y narraciones del siglo

XIX, y eso me hacía pensar que en realidad había una historia importante y muy antigua de la que no teníamos conocimiento, yo y mis amigas tuxpeñas y tamiahuenses.

Con este preámbulo es que dieron inicio mis primeros acercamientos a la Huasteca, la experiencia de campo en un lugar tan cercano físicamente y sin embargo ajeno, estaba por iniciar.

Los inicios del acercamiento: elección del lugar y tema de estudio

Cuando llegó el momento de iniciar mi tesis de licenciatura el problema con que me hallé, fue que no tenía ni tema ni comunidad de estudio. Fue desesperante porque casi todos los compañeros de generación al menos tenían idea del lugar o en su caso del tema a estudiar.

Durante los cursos en la ENAH, nunca un tema me resultó interesante como para dedicarle mucho de mi tiempo. En los Proyectos de investigación formativa realicé algunas temporadas de campo en varios lugares con la intención de averiguar qué me llamaba la atención. Nunca regresé del campo con una idea precisa y definida de lo que quería, nada de lo que veía me convencía plenamente. Anduve entre cañeros del centro de Veracruz, floricultores del Estado de México y estudiando la semana santa en Papanltla. Todo lo que veía se me hacía interesante, pero no para dedicarle tiempo completo. Creía que la elección debía ser, ante todo, por una preocupación interna

y personal y sobre todo mediando el gusto y atracción del lugar. Los criterios disciplinarios poco me interesaron. Se presentaron muchas ventajas atractivas para permanecer en el Estado de México y Veracruz, algunos de mis compañeros veían que la cercanía y los contactos ya establecidos con algunas zonas facilitarían el trabajo de investigación, asimismo, realizar un trabajo conjunto de tesis era otra opción: ninguna de estas alternativas era lo suficientemente convincente para decidirme a cabalidad. Más tarde reconocí que mi objeción principal derivaba siempre en el pretexto de que desconocía la Huasteca, no sabía nada de lo que narraban los libros y me resultaba absurdo que siendo nativa, caminara con desconocimiento de lo que allí ocurría, pero de la idea, que pese a todos los obstáculos persistía, era que si yo quería hacer alguna vez antropología aplicada, ésta debía ser en mi tierra, pues era un Estado al que debía mi feliz y pacífica crianza.

En ese tiempo ingresé al CIESAS en un puesto administrativo. Mi jefa insistía en que fuera a Querétaro a hacer antropología urbana, como parte de su proyecto. Amablemente me negaba y no quitaba el dedo del renglón. La luz llegó cuando conocí a Francois Lartigue, culpable de que yo haya llegado a la Huasteca, con él, mi mirada vió y sintió por vez primera la Huasteca profunda.

Un buen día, por ahí de octubre de 1999, nos invitó a un

encuentro de ritualistas que tuvo lugar en Ixhuatlán de Madero. Ese nombre era sumamente familiar, pues mi padre tenía toda una cartera de clientes con nombres de personas originarias de allí. Siempre me dijo que eran gente de mucho dinero, sencilla y amable en su trato. Nunca mencionó que fueran indígenas, decía que ellos, "la gente de los ranchos" eran muy generosos, mataban un puerco y les ponían los cartones de cerveza cada vez que se trataba de realizar negocios con el banco y los seguros que mi padre ofrecía.

En el camino hacia Ixhuatlán reconocí en mí una ligera idea de cómo llegar, sabía de las corridas hacia ese lugar, sin embargo no conocía la carretera. Alrededor de las 6 de mañana, llegamos a Llano de Enmedio, comunidad situada en la planicie, aun en la Huasteca de la superficie plana y llana; de allí en adelante el camino fue de subida y el día se fue haciendo claro, con luces rosadas y azuladas; fue entonces cuando comenzó mi primera emoción, vi a lo lejos unos cerros que miraba en la juventud desde el puente Jolopo⁵ que atraviesa el río Pantepec en Álamo; esos cerros habían sido siempre una gran incógnita; cuando en años anteriores preguntaba qué lugar era ese, me decían que era la sierra. Nunca supe ni pregunté si alguien los habitaba. No importaba saberlo, pues por lo único que llamaban mi atención era porque parecía que con su altura llegaban al cielo. Acostumbrada a ver solo pequeñas

elevaciones cultivadas de naranja, esos cerros desconfiguraban totalmente el paisaje al que familiarmente estaba habituada. Siempre había sentido gran atracción por los cerros y montañas y resultaba fascinante verlos siempre que íbamos al río de paseo. Esos extraños cerros serían en adelante la guía hacia la decisión definitiva del lugar y tema de investigación.

En Ixhuatlán nos vimos rodeados de indígenas; ver rostros morenos, arrugados, de cabellos lacios y largos, con cuerpo y piernas fuertes, me ubicaron en una tierra Huasteca desconocida. Habíamos dejado atrás la Huasteca de superficie plana y llana y ahora estaba frente a la Huasteca profunda. Fue también la primera ocasión en que sentí mi posición frente al otro, al diferente de rostro, piel y costumbres; al históricamente diferente. De inicio vi que nada teníamos en común aunque éramos de la misma región, ni el vestido, ni el idioma, ni en la forma de bailar encontraba semejanza alguna. Noté que ellos eran los protagonistas de lo que leía, vi que los mestizos del pueblo miraban con cierta burla y desdén lo que con fervor religioso ellos realizaban. Supe de la problemática con que los curanderos indígenas vivían y con la cual tenían que lidiar cotidianamente no sólo frente al mestizo, sino frente al clero religioso, los gobiernos municipales, las instituciones gubernamentales, particularmente las de salud.

Indagué de sus esfuerzos, sus luchas, sus inquietudes y deseos. El trato hacia nosotros fue amable y cálido, tanto que pese a sentirme extraña en mi propia tierra, me sentí cobijada con sus atenciones. Este encuentro constituyó un paso decisivo en el largo y tortuoso camino de la elección del lugar y tema de estudio.

En el invierno de 2000 visité de nuevo la Huasteca profunda, esta vez acompañada de una amiga antropóloga que recientemente llegaba de Polonia e iniciaba un acercamiento para definir el lugar de estudio. Tanto ella como yo teníamos muchas preguntas sin respuesta, ella por extranjera y yo por extraña en la tierra mía. Asistimos por entonces a una ceremonia de *lava manos* en el cerro de Ixcacuatitla, en Chicontepec. Inmediatamente al llegar de madrugada sobre una neblina que hacía poco visible el camino y el cerro, supe que ese era el lugar que buscaba, mi fascinación por esos cerros era el único parámetro inmediato de decisión. Sin embargo, en los dos días que allí permanecimos era inevitable realizar el ejercicio comparativo que mentalmente me provocaba ese acercamiento con el otro. Constantemente me decía: ¿qué paso aquí?, ¿por qué estando tan cerca, somos tan distantes?

Miraba perpleja cada acto de la ceremonia en la que participábamos. Uno de los actos del ritual requería desvestir a una niña de 10 años frente a todos los invitados presentes, en la fría medianoche y con el chipi-chipi de

diciembre, en una Huasteca que congelaba el alma. Me parecía insólito estar presenciando tal celebración. Luego supe que una de las nietas del curandero y *huehuetlakatl*⁶, quien en ese momento dirigía la celebración estaba hirviendo en fiebre, y a él y a sus padres, parecía importarles mucho más ayudar en los preparativos que atender a su propia hija. Pregunté si la habían llevado a la clínica o si su abuelo había preparado algo para disminuirle temperatura y me dijeron que no. La niña de escasos 4 años caminaba descalza en un piso venido a lodazal por la pertinaz llovizna. Recomendé a su mamá que le pusiera los zapatos de hule que guardaba en un morral, intenté ponérselos y la pequeña rechazó el ofrecimiento. Su madre me dijo que no le gustaba calzar zapatos. Al siguiente día la niña mejoró, tenía menos calentura y regresaron a su comunidad; nosotras salimos del cerro y continuamos nuestro recorrido exploratorio. Después de esto, para mi mente, todo eran preguntas aunque prevalecía una: ¿qué sucede aquí? Obviamente, no encontraba respuesta; creí y pensé que la única manera de contestarme era viviendo allí.

Ahora sé, que la manera como podemos entender la incomprendible diferencia entre el nosotros y los otros, es caminando junto a ellos, acercarnos a su vida, vivirla, sin ejercitar el raciocinio que se transforma en tirano y rechaza la vida ilógica de los otros,

sostenida en una sinrazón cultural. Tenemos así, la posibilidad de anular la distancia que nos separa de aquello que no siendo uno se convierte en semejante porque damos prioridad al diálogo.

En estos ligeros acercamientos, el otro no sólo se revelaba como diferente, sino imcomprensible. La otredad generaba en mí un sentimiento de extrañeza, me daba cuenta de que siendo cercana a ellos físicamente, vivíamos un divorcio cultural que nos separaba en historia y costumbres.

Pensaba en la existencia de aquellos que no somos nosotros y particularmente, fue la diferencia, la inexplicable diferencia la que me impulsó hacia el encuentro de ella, descifrarla y comprenderla. Experimenté una especie de angustia e inquietud por conocer más sobre ellos, por explicarme el motivo de tanta desigualdad social y cultural entre los pueblos mestizos y las comunidades indígenas. La otredad se manifestaba como un deseo de ir al encuentro de lo desconocido; me pregunté en qué momento nuestra historia había separado "las razas?", ¿cuándo se había decidido que ellos arriba y nosotros abajo?, ellos y nosotros escindidos por el proceso civilizatorio.

Estas incógnitas prevalecieron en mi mente durante un tiempo antes de que llegara el momento decisivo de ir a campo y permanecer allí en una larga estancia. Con todo ese desconocimiento de la región y teniendo más claro lo que me interesaba estudiar, (relaciones de

poder entre indios y mestizos) mi tutor, Juan Briseño⁸ planeó todo un recorrido por tres estados que comprendían la Huasteca: Hidalgo, Veracruz y San Luis Potosí. Definiríamos a partir de este recorrido concretamente la comunidad de estudio, pues en el cerro de Ixcacuatitla, Paola, una amiga italiana, se encontraba realizando sus prácticas. La condición que puse para elegir comunidad, era que tuviera un cerro, alto y extraño como los que veía desde la infancia. En el camino mi tutor trataba de convencerme de que no sólo los cerros de Chicontepec eran los más bellos. Efectivamente, conocimos varios que tenían como atractivo a ríos y aguas termales en el municipio de Calnali. Yo insistía en que debíamos ir hasta Chicontepec y después de eso elegiría definitivamente. Mi mente se situaba y aferraba a ellos como si quisiera recuperar algo perdido que ignoraba lo que era. Una mañana después de haber llegado a Chicontepec, descubrí un día intensamente claro que me ofreció cerros extraños donde podía apreciarlos en su magnitud: erguidos e inclinados, distintos en tamaño y forma, pero igualmente atractivos a mi vista. Imponentes, sobresalían de la planicie que poco a poco se elevaba hasta topar con este pueblo de Chicontepec (localmente se le llama El Balcón de la Huasteca), hasta entonces lejano y serrano.

Mi tutor sugirió que fuéramos entonces al cerro de Tepenahuac que en dimensiones se veía un poco

menos grande que el de Ixcacuatitla y llegamos allá. De arriba la vista era tan vasta que se lograba ver el quemador de gas de La Soledad, es decir, tenía bajo la mirada el territorio de la planicie que formaban parte de Álamo, mi tierra. Sentí grato el lugar e inmediatamente iniciamos la presentación ante la autoridad comunitaria para gestionar el permiso necesario de mi permanencia en Tepenahuac.

Re-cuentos significativos

A partir de este momento, donde los criterios disciplinarios sucumbieron al emocional para elegir finalmente el tema y lugar de estudio, inició pues la verdadera experiencia.

He titulado este apartado como re-cuentos significativos pues pasaré a narrar una serie de sucesos importantes que fueron anteponiéndose en todo el proceso de investigación para finalmente llegar no solo al hallazgo de la información que precisaba para mi tesis, sino también al encuentro con el otro. Todos estos recuentos fueron parte de este emocionante camino y constituyeron las pinceladas que dieron color, brillo y magia a la experiencia de campo.

En enero de 2001 inició mi trabajo de campo en forma. Mi tutor sabía muy bien que aun siendo provinciana, mi contacto con los indígenas era casi nulo. Como buen guía, me hizo una serie de recomendaciones para no cometer errores en mi trato con ellos: no te

bañes desnuda en el pozo, no lles de inmediato a tu novio, no te pongas shorts muy cortos, trata a la gente con mucho respeto, preséntate con las autoridades escolares, las de salud, el presidente municipal, etc. Cumplí todas sus indicaciones al pie de la letra, pero en esta vida desafortunadamente uno solo aprende con errores. Luego veremos porqué.

El idioma

Uno de los primeros retos a los que me enfrenté, lo constituyó en principio el manejo del idioma náhuatl que se habla como primera lengua en Tepenahuac. Mi primer contacto aquí, fue don Tomás, el agente municipal en turno. Desde mi llegada, él y su familia me hablaron en español por lo que no tendría problemas con el idioma. Mas tarde me di cuenta del error: todos sin excepción hablaban mexicano cotidianamente, niños, adultos y jóvenes conversaban en una lengua ajena; lo único que entendía era "ximocehui", pues desde pequeña un antiguo vecino de Álamo, así me decía cuando lo visitaba. Estaba verdaderamente asustada porque hasta las misas y los cantos religiosos se realizaban en su lengua nativa. Me daba cuenta que la comunicación establecida con ellos, era superflua, mis preguntas no eran satisfactoriamente respondidas y no sabía si me entendían o si en realidad yo no sabía preguntar a la gente. A muchos por qué, la respuesta eterna que recibía era:

"porque así es la costumbre". Cada día me empeñaba por conocer algunas palabras pero era inútil, abordar a los ancianos, pues no podían hablarme en español. Traté de tomar algunas clases pero eso ocupaba mucho tiempo y entonces decidí solo acercarme a quienes hablaran mi lengua. Me empeñaba en conocer palabras esenciales en el trato cotidiano y los niños eran mis principales maestros, pero se desesperaban con mi mala pronunciación. Con una familia compuesta de mestizos e indígenas vivía una señora a la que le decían "xinola", es decir, "gente de razón", ella me decía que entendía mi situación porque al igual que yo, treinta años atrás, ella se había encontrado en una situación similar. A mí nada me consolaba, pues veía pasar los días sin tener demasiada información. Por fortuna me consiguieron hospedaje con una anciana bilingüe con la que me comunicaba bastante bien en mi idioma, ella me resolvía el rompecabezas cotidiano de la información que generaba normalmente. Fue ella mi principal informante y mi mejor compañera de vida durante el tiempo que permanecí allí, mi mejor consejera y un ejemplo de vida y fortaleza. Con ella anduve largas horas a pie en caminos que nunca hubiera pensado que una anciana de su edad realizara. Viuda y madre de 12 hijos, vivía sola, le llamaban "la patrona" pues en otros tiempos su marido había sido el cacique, propietario de mucha tierra y ganado; le gustaban los bailes y yo le cargaba su silla cada vez que

asistíamos a uno, de madrugada volvíamos a casa, yo somnolienta y cansada, ella vitalizada y contenta por haber escuchado música en vivo.

La mirada indígena

La entrada a una comunidad es difícil por múltiples factores. No obstante, el estar allí, el enfrentar directa y cotidianamente una realidad distinta a la nuestra agrega un nuevo ingrediente al ya complicado ingreso. Aunque mi entrada a la comunidad no había sido dificultosa, día con día tropezaba con novedades a las que no estaba acostumbrada a tratar ni a manejar.

Al provenir de un lugar tan grande como la ciudad de México, donde su magnitud nos hace invisibles, donde la vida urbana nos disminuye en el anonimato, la indiferencia de todos con todos es alimento diario. No sucede lo mismo cuando se llega a la comunidad indígena, allí somos también extraños pero como tales resaltamos, no somos anónimos y todas las miradas se fijan en los nuevos que arriban. En mi caso, la llegada y presencia del urbano quien ahora es fuertemente visible creaba incógnitas.

En este sentido quiero enfatizar que una de las cuestiones que me pudo poner al borde de la desesperación era la de ser observada. Entendía que era una actitud normal de los indígenas, sin embargo, la mirada diaria del indígena en las primeras semanas era agotadora; resistir esa mirada

que quería indagar, conocer los motivos que atraían a una gente de razón dedicada a hacer preguntas ociosas y casi tontas sobre la historia, la costumbre, la vida cotidiana, era un ejercicio para el que no nos prepara la escuela ni el tutor. Sentía que los ojos de todos se clavaban en mi cuerpo, en mi persona y permanecían allí como un reclamo que exigía comprender quién diablos era yo. Esa mirada gritaba, penetraba y mermaba los esfuerzos por continuar preguntando. Caminar sobre las calles y cruzar todo el pueblo hasta llegar a mi casa era casi un suplicio donde los ojos de todos se posaban sobre mi cara, mis brazos, mis ojos, mi vestido, mis zapatos, mi collar, mi persona toda. Era una mirada difícil, casi insoportable, y representaba un problema con el que no estaba acostumbrada a lidiar. Esa mirada silenciosa gritaba pero no hacía ruido, nadie la escuchaba, solo yo la sentía, era la mirada del otro. Lo que había sido sencillo, es decir, la entrada y el permiso para permanecer allí, ahora tenía su lado difícil, lo sencillo se tornaba dificultoso, lo simple perturbador, pero habría que resistir pues todo ello formaba parte de la experiencia. Felizmente, con el paso del tiempo, la familiaridad y conversación con las personas dueñas de miradas penetrantes se hacía cada vez más fluida. Me daba cuenta que era el diálogo cotidiano el que daba claridad en la interacción con el otro, el que indicaba qué hace uno allí, quiénes somos, qué era eso de la

antropología, palabra tan larga y difícil de pronunciar. La comunicación y el trato directo rompía los silencios fríos, relajaba las miradas, deshacía las dudas y permitía entrar cada día, cada semana, cada mes, a la cotidianeidad de quienes son los

otros. Afortunadamente, poco a poco todo tomaba forma y rumbo, y los otros se convirtieron en amigos, su mirada ya no pesaba en mí. Al final de mi estancia ninguna mirada ya gritaba, se llenaron de agua con la ilusión de toparse de nuevo en un tiempo próximo.



Los rumores

Otra cuestión que es necesario enfrentar día a día y que forma parte del estar allí y del acoplamiento a una cultura diferente lo constituyen los rumores y chismes en torno a nuestra persona, que circulan no solo por la comunidad, sino por todo los alrededores. Cuando recién llegué, en muchas casas me cerraban la puerta, incluso al ir solamente caminando y saludando desde las calles, la gente cerraba sus casas y llamaban a su familia a encerrarse. No entendía lo que sucedía, me reía de que actuaran como asustados, pero al mismo tiempo me preocupaba su comportamiento. Posteriormente me enteré de lo que realmente sucedía: se había corrido el rumor que la *xinola* (es decir yo) que vivía en el barrio de Tepenahuac, era una enfermera que andaba por todas las comunidades llevándose a todos los niños para revisarlos si tenían o no el Sida.

Por otra parte mi vestimenta también causó motivos y confusión. Noté que muchas personas me decían “hermana”, no entendía bien la razón hasta que el agente municipal un día me preguntó: - Bueno muchacha, ¿tú eres católica o eres hermana?, le contesté sorprendida: - “¿hermana?, ¿por qué?”. - “ Porque desde que llegaste aquí traes tu pañuelo en la cabeza y nunca te lo quitas. Los que son hermanos, de otra religión, usan su pañuelo”. Le expliqué que era católica.

En otra ocasión, la anciana con la que vivía me dijo: - “Liliana, tu compadre anda diciendo que no eres mujer; porque usas pantalones”. Comúnmente las

mujeres se visten con faldas y vestido, y de todas las mujeres que habitaban el pueblo yo era casi la única que usaba pantalones, lo cual era casi una novedad en el pueblo. A esto se añadía el hecho de que constantemente se me veía en el monte trepando y subiendo peñas con los niños, lo cual era casi inusual entre las jóvenes del lugar.

Otra vez, un adulto, de unos 50 años fue a buscarme al lugar donde vivía. Allí me dijo : “ vengo por tí, como mi esposa no está, entonces quiero que vayas a dormir conmigo ”. Enojada, pero contenida y sorprendida a la vez por lo que estaba escuchando, le expliqué tres veces que mi trabajo era el de ser antropóloga y no una prostituta. Aparentemente no entendía mi explicación y continuó diciendo que le gustaban mis flacas piernas. Le dije que yo a él no lo conocía, que no sabía quien era , pero él me respondió: yo a tí sí te conozco, ¿ no te acuerdas que el día del baile en Xococatl (a las 2 de la mañana) me saludaste ?, también me saludaste la otra noche cuando venías de la congregación ¿ no te acuerdas ? . El tenía toda la razón, pues efectivamente yo había saludado a un hombre en esas y otras tantas ocasiones. El hombre se fue sin mí, pero yo quise indagar más sobre mi conducta ante los demás. Entonces supe de las normas no escritas a las que debe sujetarse una mujer soltera. Una mujer nunca saluda de noche, me dijo una joven nahua amiga, próxima a casarse, ¿ porqué ? le pregunté, porque de noche no le ves

la cara a la gente. Nunca una mujer lo hace, es de noche y está oscuro. Una mujer tampoco anda sola como tú en los caminos. Mucho menos se baila con un hombre casado como tu lo hiciste en Coamixtepec, cuando bailaste con Samuel ”, el hombre más rico del pueblo.

De esta manera me daba cuenta que tales formas de comportamiento no estaban incluidas en las múltiples recomendaciones de mi tutor; no hubo otra forma de aprenderlas más que equivocándome. En el error aprendía; pero lo más absurdo era que ni siquiera yo sabía que mi conducta era equivocada. En realidad también me enfrentaba a otros códigos de comportamiento, que aunque irrisorios, en principio generaban consecuencias totalmente descabelladas como el de confundirme o creer que yo era una mujer fácil.

El objeto de estudio interroga y se transforma

Uno pudiera pensar que en campo quien pregunta e interroga es el antropólogo. Somos nosotros los que necesitamos saber de los otros. Nuestro trabajo es indagar sobre el otro, conocer su vida, su realidad. Sin embargo, en el transcurso del tiempo y en la convivencia diaria los objetos de estudio no solo responden a nuestras infinitas y ociosas preguntas, ellos también preguntan, interrogan y sugieren.

¿De dónde vienes?, me preguntaron muchas veces, todas las veces no supe que decir, pues en

principio no entendía bien la pregunta, ¿de donde vienes? quiere decir, ¿de dónde soy, dónde vivo o dónde nació?. En realidad era difícil responder, pues en Poza Rica nació, en Alamo crecí y viví y mi lugar de residencia actual es la ciudad de México. Otras preguntas referidas a mi persona eran: ¿dónde están tus papaces, y que no tienes hermanas, porqué andas solita, que no te da miedo el tigre del monte, y que es eso de la antropología, cuál es tu trabajo, porqué te gusta andar en el monte, y porqué no mejor estudias medicina, para que nos ayudes y nos cures, para qué sirve la antropología, y ese libro que tú vas a hacer, es para beneficio personal, y luego que haces con él?. ¿Tienes novio?, necesitas casarte, debes tener hijos, necesitas estar completa, busca a tu compañero, se necesita para la vida.

Y sus preocupaciones no se limitaban exclusivamente a querer saber sobre mi persona. Necesitaban conocer también del mundo del que provenía. ¿Verdad que allá de donde vienes, mucha gente piensa que nosotros no existimos?, ¿verdad que no nos conocen?, ¿tú puedes explicarme que quiere decir la corrupción? ¿cómo pueden vivir tan apretados en esa ciudad? ¿no les hace daño el humo de los carros?.

Al provenir de un mundo que ellos llaman civilizado, de gente respetable, se piensa que tenemos las respuestas a muchas de sus dudas internas, últimamente me preguntaron, ¿verdad que los sacerdotes son como los peones del papa?, ¡el papa es el patrón!, ¿de veras

es cierto que el papa es el que platica con el mero Dios?. ¿él se sienta a platicar con el papa?

Todas estos cuestionamientos que remitían a mi quehacer, a mi vida personal y a mi mundo me hacían pensar que el trabajo de campo y los indígenas con quienes compartía muchos de mis mejores momentos en la vida, se presentaban como un espejo en el que se reflejaba mi persona, y mi mundo, el nosotros. Al igual que nosotros tenemos y confabulamos ideas sobre los otros, ellos de la misma manera crean e imaginan el mundo de donde provienen los antropólogos, los "civilizados", los de "razón", y también tienen sus dudas sobre si la vida que vivimos es la mejor.

Las preguntas que se referían a mi persona me colocaban frente al objeto de estudio no como antropóloga, ni como profesional de alguna disciplina, sino como gente, ser humano y mujer; y yo estaba en un error si pensaba que quien tenía enfrente descubriéndome era un informante clave. Ver y convivir de frente al otro descubría el nosotros interior, el nosotros profundo, el nosotros humano. Mirar a los otros era mirarme a mí misma y poco a poco el sentimiento de extrañeza prevaleciente en un tiempo atrás se afanaba en anular distancias físicas y culturales, colocándome como igual ante el otro, el otro que era espejo, el otro que me descubría.

Los idealismos se esfuman

Por alguna razón, después de una serie de lecturas que realicé a petición de mi tutor de tesis y luego de participar en algunos movimientos estudiantiles a favor de los indígenas de México, tomé partido e inclinación hacia las causas indígenas. Me pareció que su vida se resumía en una larga y tortuosa lucha por sobrevivir en un mundo hostil. Rodeados de mestizos opresores, segregados por raza y creencias, obligados a vivir aislados en congregaciones me pareció que de la vida indígena debíamos aprender mucho. Imaginaba al buen salvaje viviendo en armonía con sus semejantes y con la naturaleza. Creía que lo indio debía darnos lecciones sobre cómo vivir una vida pacífica, respetuosa, de tolerancia e igualdad. Pensaba que lo indígena era una composición homogénea y virtuosa. La realidad se encargó de situar todo este idealismo ingenuo que orgullosamente cargaba. Me encontré con una comunidad que si bien era homogénea en creencias y tradiciones con una visión de mundo particular, no era una comunidad indígena igualitaria, los nahuas estaban diferenciados social y económicamente, entre ellos se discutía, se enojaban porque algunos no querían cumplir las faenas comunitarias, les costaba mucho trabajo ponerse de acuerdo para cuestiones tan simples como decidir el lugar para matar una

vaca con motivo de una fiesta comunitaria, se envidiaban unos con otros, eran impuntuales, se mataban entre ellos, se unían en matrimonio con una extraña forma de amar, los indios ricos se trataban de imponer sobre los indios pobres, los alcohólicos maltrataban a sus mujeres, etc.

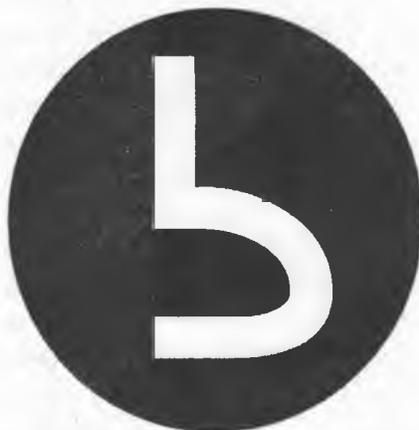
En resumen, desde esta perspectiva los otros a pesar de su diferencia, eran iguales que nosotros. Sus patrones de comportamiento no distaban mucho del que nosotros utilizamos. Mis esfuerzos por enaltecer el espíritu indígena frente a lo mestizo y occidental que me provocaba rechazo y coraje, fueron poco a poco desvaneciéndose en favor de una idea mucho más objetiva, clara, real e imparcial. El ejercicio comparativo me hacía

pensar que no eran sociedades, ni mejores ni peores que la nuestra, eran simplemente diferentes, cada una propietaria y respaldada con una historia y una cultura concreta.

Para finalizar esta historia personal en la que resalto principalmente el proceso de acercamiento al que como mestiza de la Huasteca me enfrenté, quiero comentar que en lo individual creo que la antropología tiene en el trabajo de campo la mejor herramienta para conocer lo diferente. Es quizás lo mejor que la disciplina alberga, porque con él todo un proceso de reflexión que no únicamente incluye a los otros sino al investigador mismo. En este proceso aprendí que la belleza de los cerros que miraba desde la juventud era mucho más interna. Los cerros no eran simples elevaciones de tierra que me

sacaban del habitual paisaje al que estaba acostumbrada, en ellos se albergaba una historia mítica importante de siglos, allí habitaban dioses, allí el maíz había nacido y allí mismo, en sus alrededores, estaban los depositarios de una fe antigua que otorgaba con su fiel creencia un poder mágico a los dioses y a la naturaleza.

Aprendí también que el trabajo y la experiencia de campo de lo que trata es de ejercitarnos hacia la comprensión de una visión del mundo distinta a la nuestra, la de los otros. No obstante, en este intento se ponen a prueba nuestros propios esquemas de interpretación, y por eso mismo creo que no sólo se trata de ir en busca del otro, también vamos al encuentro de nosotros mismos.



*Profesor- investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

2 Investigadora de Ciesas.

3 Hago referencia a la tristeza pues existe un virus llamado "virus de la tristeza" que afecta a la naranja.

4 Investigador del Ciesas.

5 Estas siglas resumen el nombre del puente llamado José López Portillo (joloopo)

6 Huehuettlakall, es la persona que dirige la celebración del Lava manos; los nahuas lo traducen como "el que sabe", "el que da consejo" o "el sabio".

7 No aludo al término con un carácter de prejuicio y mucho menos despectivo. Al mencionarlo retomo expresiones generadas en el trabajo de campo por los mismos indígenas y personalmente no es mi intención apoyar la idea del género humano dividido en razas.

8 Investigador de CIESAS

Fotografías: 1998, Guía México desconocido/ Las Huastecas, No. 45 pags. 60 y 64

Comentarios al autor: aremar21@yahoo.com